

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

AMOR Y ADOLESCENCIA

Diego Agudelo Córdoba

Psicoanalista

Psicólogo Bienestar Universitario

Docente Programa de Psicología

Funlam

*“...nada prueba mejor nuestra miseria
que la importancia de la felicidad”.*

Margarite Yourcenar

Abstract

Para nadie es ajeno el efecto que causa en los sujetos y en sus familias el ingreso a la adolescencia, un efecto desorganizador que les incomoda y pone fin a la serenidad que por lo general caracteriza la niñez. La particularidad del gran Otro contemporáneo incide en las familias, sus dinámicas y consecuente con ello, también a niños y adolescentes. Éstos viven hoy también con una particularidad efecto de la época, y su manera de vincularse al amor es una de ellas.

Cuatro escenas reales

“A mi me pasó una cosa muy triste, el que pensé que era mi papá no es mi papá..... El verdadero no me quiso, le pegaba a mi mamá y le decía que me abortara, por eso debe ser que lo mataron, era un papá malo. Y me di cuenta que el papá bueno no es mi papá..., pero esa tristeza la eché a la basura, ya la olvidé.” Laura, 6 años.

“Lo que a mi mamá le preocupa no es el problema, lo del colegio es lo de menos... el problema es que yo estoy demasiado triste hace muchos días y no sé por qué, no siento ganas de levantarme de la cama, ni de ir al colegio, ni de nada....” María, 15 años.

“A mi papá lo quería mucho, ya no... lo quería cuando me encariñaba mucho, pero ya me pega puños y mi mamá tuvo que ir a la comisaría. Ya quiero es una novia que me encariñe”. Pablo, 7 años.

“Lo que yo quiero es que me pase lo que le pasó a mi abuelita, ella ya se murió”... David, 5 años.

Las anteriores son solo algunas de las muchas expresiones que he escuchado en la clínica con niños y adolescentes, palabras que más que conmover interrogan al evidenciar que en estos seres que apenas estrenan su caminar por el mundo, el dolor ya hace parte de su historia.

Hace más de 15 años tuve la oportunidad de iniciar mi vida laboral en el trabajo con niños y adolescentes en riesgo de exclusión, experiencia que ha posibilitado además de mi formación, el acompañamiento a estos sujetos quienes desde su ser, señalan que la imagen de la niñez como emblema de inocencia, pureza y felicidad es solo una imagen que queda en el recuerdo de un ideal, y que obliga a quienes tenemos en el alma un interés por los infantes y adolescentes, a iniciar un riguroso camino para comprender sus actuales maneras de habitar el mundo y así generar recursos en favor de sus condiciones psíquicas.

Los primeros años en la vida de los seres humanos produce baúles de recuerdos, de escenas de la infancia que algunos de los adultos de hoy añoran y evocan por medio de la nostalgia. No obstante, en la actualidad, la manera de existir en lo familiar, escolar y social, genera pregunta acerca de si los adultos del mañana, añorarán la niñez y adolescencia que viven hoy.

Las escenas iniciales citadas en este escrito, son solo muestras de lo que es la vida de los chicos contemporáneos, seres humanos efecto de las nuevas formas de familia, la invasión tecnológica y capitalista, la prevalencia de la

imagen ideal del cuerpo como manera de existir en el Otro¹, y las nuevas formas del amor. Sobre este último aspecto me detendré ahora.

El amor es inherente a los seres humanos, un sentimiento que produce alegría y tristeza, es un sentimiento de vida y de muerte. Esta expresión del corazón es un agente vincular que nos mantiene cercanos a nuestros padres y familiares, a amigos y en muy frecuentes casos a extraños que capturan el interés del corazón y dan origen al enamoramiento, componente inevitable de la vida que conlleva a que gran parte de nuestra libido se ubique en un sujeto, que hasta entonces no existía en la vida de quien se enamora.

De igual manera, el amor es un agente que frustra, que decepciona cuando lo alucinado del sujeto amado sucumbe a la realidad. Es así como el amor puede hacernos sentir desde los seres más felices hasta los más desdichados, incluso hasta llegar a desear el fin.

El amor es un tema que captura a los humanos, sin discriminación de estrato, nacionalidad, género o edad. Los niños y adolescentes también están capturados, no se salvan -afortunadamente- del amor. Este es el motivo que inquieta mi trabajo actual, dirigido a niños, adolescentes, hombres y mujeres, que aquejados por el sufrimiento en el amor, recurren al espacio clínico para encontrar una salida a su sufrimiento.

El amor empieza con el origen mismo de la vida, es el que nos provee de humanidad, es el medio que nos permite dejar de ser sólo organismo para ser sujetos de discurso, inscritos en una lógica vincular donde necesitamos siempre de otro que acompañe y sirva de soporte. Ese primer Otro es inicialmente la madre y posteriormente el padre, seres con los que se estrena el amor. Bien lo dijo Freud (1963) "Llamamos a la madre el primer objeto de amor" (P. 300). Allí nace este sentimiento, en la infancia; y con ellos, los padres. Por eso podemos constatar en los vínculos de los enamorados, rasgos o lógicas similares a las relaciones vividas con los progenitores.

¹ En este contexto, el Otro con mayúscula hace referencia a las figuras representativas para un niño, padres, familiares y maestros quienes investidos por el amor inscriben a los niños en la Ley y en la cultura.

Es esta primera experiencia de amor la que nos introduce en la dimensión del deseo, como un puente que conecta a la vida, que conduce a buscar en el mundo lugares, seres u objetos que nos acerquen a lo señalado por la ilusión de completud, de felicidad. La fortaleza o debilidad de esta primera experiencia de amor, se convierte en la brújula desde la cual en el futuro el ser humano se seguirá conduciendo.

Vemos de esta manera en la vinculación entre seres humanos un elemento fundamental no biológico; hago referencia a la satisfacción emocional. Dicha satisfacción se origina en los niños desde los primeros momentos de su vida. Esto puede verificarse en el chupeteo del pecho materno, que se observa en los bebés en el periodo de la lactancia. El chupeteo le brinda al bebé, una satisfacción que va más allá de saciar el hambre; puesto que implica también el contacto corporal, el olor, el calor, la mirada de la madre, sus caricias, su afecto.

Cada vez que el bebé se separa de su madre, experimenta una pérdida que marca en su cuerpo sensaciones imborrables, que serán añoradas por el resto de la vida. Estas marcas en el cuerpo, son particulares para cada persona y determinan unos rasgos especiales que serán deseados y buscados en el encuentro sexual futuro.

Los padres, por ser los seres más cercanos al niño, serán los primeros en ser ubicados como fuente de satisfacción, de esas sensaciones perdidas. Por ello podemos decir, que los padres son el primer objeto sexual del niño. Tal vez, todos hemos podido observar, como los niños parecen enamorados de la madre y las niñas del padre. A este fenómeno se le conoce como complejo de Edipo lo que explica la vivencia infantil como un estado de enamoramiento, donde el niño o niña aspiran a recuperar todas esas sensaciones placenteras, vividas en los primeros contactos con la madre. Es un momento determinante en cada sujeto, como bien lo señaló Freud (1961) “el complejo de Edipo es algo tan sustantivo que no puede dejar de producir consecuencias, cualquiera que sea el modo en que se caiga en él o se salga de él”. (P.275).

En este periodo (3 años aproximadamente) también se produce la identificación, donde la niña quiere ser como la madre y tener al padre, y el

niño quiere ser como el padre y tener a la madre. La identificación es necesaria para que los niños y niñas, adquieran las características sexuales propias de su sexo y se preparen para elegir pareja en su vida adulta. Como el deseo de recuperar “el objeto de satisfacción perdido” (calor, olor, sensaciones placenteras) es tan fuerte, los padres deben poner un límite, que le transmita al niño o niña que no todo es posible en la satisfacción. Por ello el padre debe ir separando al niño de su madre y a la niña de sí mismo. Dicha separación se conoce como “complejo de castración” y le permite al niño reconocer que hay una Ley a la que tiene que someterse, aunque ésta le produzca mucho displacer.

Sin la inscripción en esta Ley los niños se pueden convertir en un futuro, en personas antisociales, porque no saben renunciar a su satisfacción. Si un sujeto no se detiene ante la Ley, ¿Cómo podrá vivir en comunidad?, y si no renuncia a la satisfacción que proviene de su madre, ¿Cómo dejarla, para elegir a otra pareja, cuando sea adulto?

La inscripción del niño y la niña a la Ley, se origina entonces con la prohibición de una satisfacción sexual total, que debe ser transmitida por los padres. De la manera como los padres transmitan dicha Ley, dependerá en gran medida, no solo la vida sexual futura del niño o niña, sino también la amorosa y la social. Desde esta perspectiva, es menester pensar los referentes afectivos que sirven como marco para esta experiencia en los niños hoy.

La decadencia de la familia nuclear con la consecuente proliferación de otras tipologías familiares, la inestabilidad de las relaciones de pareja, la ausencia de las madres en la cotidianidad de sus hijos por su autorización a la vida laboral y académica, otorgan un nuevo lugar a los hijos de hoy; que hallan en el marco de lo anterior, una oferta del medio transversalizada por el capitalismo y su incitación al consumo.

Así mismo, los padres contemporáneos se han quedado sin tradición para educar y responder a los actos de sus hijos, la incertidumbre es la que acompaña su que hacer formativo. Es poco común al indagar en los niños sobre la ocupación de la madre, la ocupación *ama de casa*, las madres ya no son amas de casa, el amo es otro.

Ya no opera el referente “es que así me educaron a mí”. En su lugar surgen posiciones como la que en un momento casi se convierte en aforismo: “que tenga todo lo que no tuve”. No obstante, la incertidumbre continúa ante la proliferación sintomática en los niños y adolescentes. Para nadie es desconocido el incremento de fenómenos como: fracaso escolar, problemas comportamentales, adicciones, depresión y suicidio.

Los padres continúan inmersos en la vida laboral y académica ante la exigencia del medio para mantenerse vigentes y con posibilidades de responder a las pautas de los referentes contractuales. Mientras tanto los hijos transcurren los primeros caminos de vida en compañía de abuelas, niñeras, los más de cien canales televisivos, la Internet, junto a los juegos de video y aparatos tecnológicos. Si bien es innegable la existencia de innumerables padres que aman a sus hijos, también es innegable que su ausencia y lo que encuentran los hijos a cambio, genera efectos en sus vidas.

Encontramos con lo anterior un cambio en el encuentro con el amor. Unos padres que así amen, están muy ausentes. Pero, ¿qué hacen para hacer presencia? Acudiendo a la generalización podemos responder que con ausencia de límites “que tenga todo lo que yo no tuve”, con ausencia o pocas consecuencias frente a los actos transgresores “trabajando todo el tiempo como voy a invertir el poco tiempo que tengo con el (o ella) castigándole o llamándole la atención”, o con la compensación material “si no tiene mi tiempo por mi trabajo, que obtenga beneficios de él”.

Podemos ver en todas las respuestas la declinación del amor en el marco de la responsabilidad y la importancia del *tener* por encima del *ser*. Es esta la caracterización del escenario donde desarrollan sus vidas los infantes y adolescentes actuales.

Retomemos ahora el proceso de estructuración psíquica del niño. Ese primer referente amoroso que como se señalaba, opera a manera de puente entre el niño y el mundo, debe ser trascendido, lo que implica una pérdida. Es decir, en el primer pasaje del niño por el mundo los padres o quienes cumplan sus funciones se constituyen en su mundo, en su ideal. Pero ello se pierde al

señalarle al niño la imposibilidad de obtener siempre la satisfacción y que la vida es algo más allá de su mundo primario. Surgen entonces en la vida del menor la escuela, los pares, las normas sociales; un mundo en el que debe hacerse a un lugar, él solito, contando con los componentes psíquicos y genéticos provenientes de sus progenitores, pero solito.

En el espacio social que ya no es la familia, los niños se encuentran con un medio que ofrece saber sobre aquello que para los niños de antes era enigma. Los medios les provee de cantidad de información, con la cual sus vidas se asemeja cada vez más a la de los adultos, se puede constatar por ejemplo en los gustos musicales y en la manera de vestir. La escuela también ofrece un saber, verbigracia el proyecto de educación sexual, con la paradoja que señala el incremento de embarazos adolescentes precisamente en la época de implementación de este proyecto.

Considero que los niños y adolescentes están atiborrados con tanta información, con conocimiento sin subjetivar, que queda solo en la cognición y que sin pasarse al corazón son de poca utilidad. Retomado el proyecto de educación sexual obligatorio para todas las instituciones educativas del país, según la ley general 115, de 1996, mi apreciación es que no se trata de educar la sexualidad, sino de educar sujetos que se las ven con este componente de lo humano, no se trata de transmitir información, sino de generar espacios de escucha, un lugar para la palabra donde cada uno de ellos pueda poner en su voz lo vivido en su cuerpo, lo que expresan sus sentimientos, lo que pregunta su ser. Esto sería un espacio de subjetivación, de construcción de recursos psíquicos para asumir el encuentro con el otro.

Es esto lo más complejo del ingreso a lo que Freud llamó la pubertad y cuyo síntoma el discurso social ha denominado adolescencia. Es el momento donde el desarrollo hormonal exige el acceso a la genitalidad y por ello el interés libidinal ya se dirige a los otros que estén por fuera del núcleo familiar. El abandonar las identificaciones construidas en torno a las primeras figuras para buscar otras, implica el inicio de la errancia por el mundo, el recorrido por el laberinto de la adolescencia, buscando un exilio donde salvarse de lo que antes constituyó refugio. Es una nueva perspectiva donde la ilusión de encontrar otro para hacer par es el norte. No es algo fácil, el encuentro -o

desencuentro con el otro- se convierte en el eje central de la vida del sujeto. Es bello encontrar en la literatura cómo desde finales del siglo XIX ya esto se explicitaba, por ejemplo las palabras de un adolescente en la obra de Wedekin (1954) “¡Oh esta preocupación del pudor! ¿De qué me sirve un diccionario de la conversación, si no me aclara los problemas más inmediatos de la vida?”. (P.17). Esta obra, llamada *Despertar de primavera*, describe de manera fantástica la vida de los adolescentes y su encuentro con la sexualidad. En su título primavera hace referencia a la niñez, no a la adolescencia, señalando que la emergencia de la genitalidad implica pasar de un estado de relativa serenidad, al enigma de la vida sexual.

Es así como en esta etapa aparece de nuevo el amor, en la vía de la pareja y desplazando el amor a los padres, no necesariamente en la adolescencia, ya que al parecer estamos bordeando el fin de lo que Freud(1963) denominó en su teorización sobre el desarrollo psicosexual, etapa de Latencia, “Más o menos desde el sexto al octavo año de vida en adelante se observan una detención y un retroceso en el desarrollo sexual, que, en los casos más favorables desde el punto de vista cultural, merecen el nombre de periodo de latencia” (P. 297). Los fenómenos escuchados en la clínica, en las instituciones educativas, en las familias y en los diversos medios, dan cuenta que tal adormecimiento de la sexualidad no está tan presente actualmente.

Estamos frente a una sexualidad que pareciera desligada del amor, niños y adolescentes inscritos en la vía de la importancia del tener, se desbordan por tener experiencias sexuales, farras, rumbas y otras conductas muy fácilmente encaminadas al exceso, siendo posible pasar fácilmente del placer al horror.

Es la nueva versión del vínculo y, con él, otra versión del amor. Los adolescentes viven hoy las relaciones de forma muy visceral, el lugar de la relación es más constituido por el cuerpo que por elementos simbólicos como las cartas, las dedicaciones de poemas o canciones. La fantasía queda casi excluida, la rapidez con que se entablan los vínculos, el fácil acceso al acto sexual, dejan poco espacio para la incógnita y la fantasía, propia del amor.

Jacques Lacan define el amor como: “dar lo que no se tiene a quien no es”. El amor se construye sobre la base de la fantasía, de la ilusión, del alucinar

al otro como aquel que tiene lo que hace falta para ser feliz, para estar mejor. No es gratuito el dicho popular: *el amor es ciego*. El amor se nutre de la fantasía que los vínculos contemporáneos impiden florecer. Son relaciones en la vía de la inmediatez, sin sueños y con solo realidades capturan a los sujetos en caminos con finales muy cercanos, porque la ausencia de sueños y fantasías, y la pronta satisfacción a lo deseado, limitan la construcción de horizontes de expectativas que eneguezcan para poder amar.

Es importante señalar que no se trata de generar un marco de referencia al amor nostálgico por lo que fue y ya no es. Al contrario, construir un marco de referencia para comprender la vida amorosa de los adolescentes del presente, es indispensable para aquellos que tenemos la apuesta por ofertarles un acompañamiento.

La experiencia clínica me ha generado la pregunta sobre el estatuto del amor en los adolescentes de hoy, porque a pesar de lo desolado que se ven sus maneras de vínculo en comparación con los amores de antaño; he tenido la fortuna de acompañar adolescentes que logran estabilizar su vida a partir del amor, con las características que éste tiene hoy. Esto señala que allí también hay posibilidad, pero la cultura se ha limitado a sancionar sus formas de ser con el otro, y no a comprender e indagar sobre lo que subyace en los corazones de los chicos de hoy, a saber algo de sus formas de amar.

BIBLIOGRAFÍA

Freud, S. (1961). *Ensayos: El final del complejo de Edipo*. En Ballesteros&Torres. Obras completas volumen 2. Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1982). *Tres ensayos para una teoría sexual*. En Obras completas volumen I. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu editores.

Freud, S. (1963). 21 conferencia. *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*. En Obras completas volumen XVI. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Freud, S. (1961). 21 conferencia. *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*. En Obras completas volumen XVI. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Wedekin, F. (1954). *Despertar de primavera*. Argentina: Editorial Quetzal.